

# 63: Fin del Disco Uno - La Perfección en la Carrera

- 63: Fin del Disco Uno - La Perfección en la Carrera

# 63: Fin del Disco Uno - La Perfección en la Carrera

Ryan debía reconocerlo: Hector Manada era un hombre de gran distinción. A pesar de su enorme riqueza, no presumía ni ostentaba su poder.

El presidente de Dynamis residía en una elegante mansión de tres pisos construida con piedras amarillas, situada a poca distancia a pie de la sede de su compañía, al norte de Nápoles Roma. La propiedad era amplia, pero en comparación con el Monte Augustus, parecía modesta. El estilo arquitectónico recordaba a las propiedades del siglo XIX en Sudamérica, aunque en su jardín se acumulaban muchas piezas de arte mesoamericano. Estatuas de dioses aztecas custodiaban el camino hacia la casa, como guardianes privados. Por supuesto, el lugar también estaba protegido por guardias de seguridad privada, armados con equipo de última generación.

Cuando Ryan llegó, el helicóptero de Sunshine y Enrique ya había aterrizado en el jardín. Los guardias revisaron al mensajero, pero lo dejaron pasar sin hacerle preguntas; al parecer, los hermanos ya los habían advertido con anticipación.

Alphonse Manada se había unido a su hermano, ambos respaldados por un equipo de seguridad de élite. Leonard Hargraves había llegado en el césped, pero, de alguna forma, no lo había incendiado, pese a estar en su forma solar. Incluso Ryan se tomó el tiempo de cambiarse a su antiguo disfraz, ya que la lluvia de ácido había destruido sus elegantes pantalones de cachemira. No se enfrentaba a un enemigo final sin lucir impecable.

Pero la escena pronto decepcionó a Ryan.

Hector Manada no sostenía una metralleta para morir en una explosión de gloria, al estilo Scarface. Parecía no estar preocupado por la guerra urbana que ocurría a unos cuantos distritos de su hogar. De hecho, parecía estar completamente tranquilo.

Porque Hector Manada estaba cuidando su huerto.

“Supongo que esto es cosa de la familia,” dijo Ryan con sarcasmo, mientras el astuto empresario atendía un arbusto de rosas que parecía un desastre, obra de un aficionado en jardinería.

“Hijos,” murmuró un hombre regordete, con cabello gris y rostro que recordaba al de Pablo Escobar. Hector Manada había dejado el traje de negocios por ropa blanca informal y un sombrero de paja. Si Ryan no hubiera visto su rostro antes, podría haberlo confundido con un simple empleado. “No esperaba verte, especialmente en una situación así...”

Sus ojos se dirigieron hacia Leo Hargraves. “Una compañía brillante,” comentó con tono irónico.

“¿Sorprendido, padre?” preguntó Alphonse, sin ninguna calidez familiar en su voz.

“Señor Manada,” intervino Leo con cortesía, “ha pasado mucho tiempo.”

“No el suficiente, debo decir,” replicó el CEO, finalmente notando a Quicksave. “¿Y tú quién eres?”

“Hola, soy Quicksave,” se presentó Ryan, con tono informal. “Soy el tipo que arruinó todos sus planes malvados, pero no se lo digas a nadie.”

“¿Mis planes malvados?” contestó el CEO con una sonrisa forzada. “No lo entiendo.”

“Creo que sí, padre,” dijo Enrique, arreglándose la corbata. “Hemos destruido la Meta-Banda hace una hora.”

“Una acción que yo no autoricé,” respondió el CEO con un ceño fruncido, olvidándose por completo de Ryan y mirando a Alphonse. “Y tampoco recuerdo haber llamado a la ciudad de Nápoles Roma.”

“Perdiste toda autoridad sobre mí cuando nos traicionaste a todos, papá,” replicó Alphonse con dureza. “Querías mantener el poder tanto que preferiste clonarte a dejar que heredáramos.”

“¿Clonarme?” fingió ignorancia Hector Manada.

“Tenemos a Psyshock bajo custodia, padre,” afirmó Enrique. “Admitió todo, desde tu trato secreto con el Ogro Adam hasta tu proyecto de transferencia mental.”

Ryan sabía que probablemente todo era una mentira, considerando la cronología de los hechos, pero la táctica funcionó de maravilla. “¿Eso es cierto?” preguntó Hector, mirando a los soldados que seguían a sus hijos. El mensajero casi podía imaginar los engranajes girando en la mente del CEO, evaluando sus opciones.

“Contamos con grabaciones, técnicos capturados, pruebas de transacciones monetarias,” continuó Enrique. “¿Sabías que la Meta-Gáng había descubierto una base de Mechron bajo Rust Town?”

Aunque rápidamente corrigió su expresión, la breve mirada de sorpresa genuina del CEO le indicó a Ryan que no, no lo sabía. Como el mensajero había sospechado, la Meta-Gáng había planeado traicionarlo desde el principio; tomar los Elixires de Dynamis, hasta que pudieran derrocar a la compañía con las armas de Mechron.

“Entonces tú fuiste un traidor y un tonto,” dijo Alphonse Manada, con un gruñido de disgusto. También había notado la expresión de sorpresa. “¿Nos desprecias tanto?”

“¿Puedes culparme, Alphonse?” replicó Héctor con una mueca de desdén. “A veces realmente me pregunto si eres de mis entrañas. Tú y Augusto habrían convertido Italia en un campo de batalla sangriento si no los hubiera enviado lejos.”

“¿Y en su lugar enviaste Psicos a librar la guerra por ti?” preguntó Enrique, sacudiendo la cabeza. “Aún recuerdo lo que me dijiste cuando acogí a Félix Veran en nuestro grupo. ‘No hagas olas’.”

“La influencia de Augusto debe ser contenida, pero no podemos permitir un enfrentamiento directo,” replicó Héctor de manera enfadada. “No tenemos forma de deshacernos de él de forma definitiva.”

“Sí, la tenemos,” dijo Alphonse con confianza. “La Pistola de Gravedad.”

“Tu obsesión por las armas milagrosas será tu caída,” increpó Héctor a su hijo. “Si la tuya fracasa, tendremos en nuestras manos a un loco invencible con nada que perder.”

“Augusto nunca estará satisfecho,” interrumpió Leonard Hargraves en la conversación. “No busca menos que el dominio total de Europa.”

“Sus delirios de grandeza no significan nada,” se burló Héctor. “No lo conoces como yo, Hargraves.”

Sunshine soltó una carcajada. “Llevo peleando con Augusto mucho antes de que llegaras a Italia, Señor Manada. Lo conozco bien.”

“No, Hargraves, porque si lo hicieras, habrías comprendido una simple verdad. Con todo su poder, Augusto podría haberse establecido como un rey-dios, haber escrito leyes, ¿pero qué hace? Vende drogas, lava dinero, corrompe las infraestructuras existentes. Al fin y al cabo, Augusto es solo un gánster con cáncer, y eso será siempre.” La expresión del CEO se llenó de frustración. “¿No ves que para ganar, solo tenemos que resistir más que él? Deja que la naturaleza siga su curso.”

“¿Y que millones sufran en el proceso?” replicó Sunshine. “¿Suponiendo que la próxima generación de Augusti no esté hecha de la misma pasta?”

“Bueno, para ser honesto—” levantó Ryan la mano, intentando hablar en nombre de Livia.

“Los mayores están hablando, Recuérdalo,” cortó Alphonse, con tono burlón.

“¿Entonces por qué estás aquí?” respondió Ryan con un tono de burla, mucho mayor que el del vicepresidente. El cyborg, impulsado por energía nuclear, lo miró con desdén, pero el mensajero no se intimidó en lo más mínimo.

“Ya basta,” dijo Enrique, con un matiz de frustración en su voz.

“¿Y tú, realmente eres tan diferente, Padre?” preguntó Alphonse burlándose.

La expresión de Héctor se tornó en uno de puro desprecio. “¿Te atreves a compararme con Augusto, hijo mío? No soy un santo, lo confieso, pero no voy matando a quienes nunca me hicieron nada.”

“Nos criaste para creer que Dynamis tenía una misión. Reconstruir una civilización mejor, basada en el libre mercado, el estado de derecho y la libertad individual.” la voz de Alphonse se volvió amarga. “Una que no repetirá los errores de las naciones de antes de la guerra. Sin embargo, todo lo que has hecho es repetir los patrones del pasado y mantener un statu quo que no beneficia a la

humanidad. Uno que favorece a Augusto.”

Ryan se dio cuenta de que había encontrado el tipo de Fallout alguna otra vez. Soñadores decepcionados.

Y mientras escuchaba el discurso del hombre, no pudo evitar recordar la propia situación de Livia. Como ella, los Manada eran niños en desacuerdo con la visión podrida y rígida de su padre. Pero a diferencia de Livia, que no pudo escapar del control de Augusto, los hermanos Manada habían decidido rebelarse.

¿Funcionaría de verdad?

“Ese estatus quo, tan inadecuado como tú lo llamas, es el único que tenemos,” respondió Héctor con ira. “He jugado con las cartas que me han sido repartidas.”

“Sea cual sea tu motivo, conspiraste con la Meta-Gang, les proporcionaste recursos de la compañía y, consciente o inconscientemente, casi permitiste que Adam el Ogro obtuviera tecnología de Mechron,” señaló Enrique. “No podemos dejarlo pasar, ni tampoco lo hará la Junta.”

“Yo soy la Junta,” replicó Héctor con el ceño fruncido.

Ryan no pudo resistirse. “¡Aún no!”

“Alphonse y yo poseemos suficientes acciones para forzar una votación, y tú sabes que la Junta y otras corporaciones votarán por tu retiro,” afirmó Enrique. “Tenemos demasiadas pruebas, y no pueden parecer cooperar con los Psychos. Nuestra imagen y reputación son nuestro escudo, pero también nuestras debilidades.”

“Y lo más importante, contamos con el ejército,” afirmó Alphonse, señalando lo evidente. “No pienses que puedes impedir lo que se aproxima.”

El ceño de Héctor se profundizó. “¿Me harías daño, hijo? ¿A tu propio padre?”

“¿Después de lo que hiciste? ¿Lo que planeaste hacer?” preguntó Alphonse, bajando la cabeza para mantener los ojos en los de su padre. “Sí, lo haría.”

Héctor sostuvo la mirada por un momento, antes de mirar a su otro hijo. “¿Y tú, Enrique? ¿Sabes lo que hará tu hermano si hereda mi puesto?”

“Sí,” respondió Enrique, “pero jugar con los Psychos no será una de sus acciones.”

“Bien dicho, Hermano,” añadió Alphonse. “Enrique será mi vicepresidente, y limpiaremos tu desastre. Reconstruiremos Dynamis para que vuelva a ser lo que debía ser. Un faro que reconstruya la civilización, sin Psychos y, por supuesto, sin Augusto. Tal vez fallaste en el sueño, Padre, pero nosotros no.”

“Ven con nosotros, Señor Manada.” Sunshine aumentó brevemente la intensidad de su calor. “Te prometo que no serás dañado y tendrás un juicio justo.”

“Toma la salida diplomática, Padre,” suplicó Enrique, mirando a Alphonse. “O si no... tendrá que ser de otra manera.”

Durante un largo y angustioso momento, el CEO de Dynamis guardó silencio. Miró lentamente a sus hijos, luego a Leonard, y finalmente a los miembros de Seguridad Privada que los respaldaban. Ya fuera por miedo a Alphonse Manada, repulsión u oportunismo, ninguno se movió para proteger a su empleador.

Parecía que en Dynamis, el poder cambiaba rápidamente.

Finalmente, aunque Ryan se había preparado para luchar, Héctor Manada levantó las manos en señal de rendición. “Nos condenáis a todos, tontos.”

“Es un nuevo amanecer para Dynamis, Padre,” declaró Alphonse Manada, con cierto orgullo en su voz. “Uno que hacía mucho tiempo se esperaba.”

“Después de mí, el diluvio,” profería Héctor Manada con dignidad tranquila, mientras soldados lo sujetaban por los brazos.

Cuando Ryan miró al imponente Alphonse, que observaba cómo llevaban a su padre, el viajero en el tiempo comprendió que tal vez había puesto en el poder a alguien mucho más peligroso en Dynamis. “¿Ya está?” preguntó el mensajero a Enrique. “¿Después de todo lo que hizo, solo lo conversan?”

“¿Esperabas una lluvia de balas quizás?” respondió secamente el gerente de Il Migliore. “A diferencia de Augusto, no disparamos a todos nuestros problemas. Mi padre es muchas cosas, pero no un fanático. Prefiere retirarse forzosamente antes que morir por nada.”

“Entonces... ¿qué, lo vas a encarcelar en una isla privada, como Napoleón?”

“Más o menos. Si todo sale como esperamos, confiscarán sus bienes, será rodeado por los hombres de Alphonse, y se le alejará de cualquier forma de poder,” afirmó Enrique con mirada de desaprobación. “A esto llamamos diplomacia, Romano. Es aburrida, pero generalmente nos ahorra una gran cantidad de sangrienta violencia.”

Fue... fue bueno. Ryan había esperado que el cambio de poder terminara en violencia, porque eso era todo lo que él conocía.

“Si tan solo más villanos fueran razonables”, lamentó Leo Hargraves. “Así que, se acabó. Ahora, debemos decidir qué hacer con el búnker.”

“Todavía no, Hargraves”, dijo Alphonse. “Habrá una transición de poder, y quiero que nos ayudes con ella. Te pagaré por tu servicio.”

“No trabajamos por dinero, Fallout”.

“Me malentiendes”, respondió el cibernético con un toque de diversión. “Nuestros objetivos son los mismos. Ambos queremos que a Augusto lo saquen de su trono. Ahora que mi padre ha sido eliminado, es hora de concentrarnos en el enemigo real.”

El Sol Vivo cruzó los brazos, la oportunidad era demasiado grande para dejarla pasar. “Estoy escuchando.”

“No aquí”, espetó Alphonse mirando fijamente a Ryan. “Y ya tuve suficiente de tu descarado desprecio, Quicksave. Hiciste tu trabajo, pero eso es todo. Lárgate.”

“Yo también te quiero, Nagasaki”, respondió Ryan, preparándose para partir, habiendo cumplido con su misión. Además, quedarse demasiado tiempo en la compañía de Alphonse Manada probablemente le daría cáncer.

“Ryan”. A diferencia de Fallout, Sunshine inclinó la cabeza en señal de respeto hacia el viajero en el tiempo. “Hay algo que debo pedirte—”

“Lo siento, Sunshine, no me uniré a tu circo”, lo interrumpió Ryan. “Hay demasiada historia negativa.”

“Eso esperaba”, dijo Leo con un suspiro. “Aún así, en nombre del Carnaval, no, de toda la Nueva Roma... gracias. La mayoría no lo sabrá, pero tus acciones salvaron muchas vidas. Los libros de historia quizás no te mencionen, pero nosotros no olvidaremos.”

“No hagas promesas que no puedas cumplir”, respondió Ryan con encogimiento de hombros. “Pero... gracias.”

Ese brillante paladín era demasiado noble para disgustarle.

Mientras Ryan hubiera abandonado la propiedad de Manada solo, Enrique decidió acompañarlo personalmente hasta su coche. “¿Esto no es el fin, verdad?” preguntó el mensajero a Blackthorn. No parecía un final en absoluto. “Es solo el comienzo.”

“El Héroe Héctor no se equivocaba. Esto es la calma antes de la tormenta, Romano. Mi hermano está al mando, y no es tan... sutil como nuestro padre. Si Augusto aún no sabe que ya cooperamos con Hargraves, pronto lo descubrirá. Y aunque esa base debajo de Rust Town sufrió daños considerables, allí hay un tesoro de tecnología, y debemos decidir qué hacer con ella.”

“Supongo que derrocar a tu padre fue lo más fácil”, reflexionó Ryan, su ánimo pasando de curioso a ligeramente deprimido. “No sé cómo sentirme al respecto.”

“Vi tu reacción al discurso de mi hermano”, dijo Enrique. “Parecías... inquieto.”

Agudo. “Cuando intenté derrocar el control que mi ‘figura paterna’ tenía sobre mí, terminó con su muerte”, respondió Ryan, recordando a Len y Bloodstream. “Y, aunque esté muerto, su influencia

todavía impide que un amigo avance. Así que cuando te miré a ustedes dos... no puedo evitar preguntarme qué pudo haber sido.”

Enrique no dijo nada, y por eso, el mensajero se sintió agradecido. Sin embargo, cuando Ryan puso una mano en la puerta de su Plymouth Fury, Blackthorn se interpuso justo delante de él. “Todavía no te vas”, declaró el nuevo vicepresidente de Dynamis. “Te dije que tendríamos una conversación, Romano. Ahora la tenemos.”

“¿Qué hay que decir? Aunque si es sobre lecciones de jardinería, supongo que podrías hacer una cita.”

“Tenemos muchas cosas de qué hablar”, dijo Enrique cruzando los brazos. “Sé que tu hermana estuvo en el búnker durante el ataque. Uno de los miembros de la Meta-Gang fue encontrado atrapado en una burbuja, y los aposentos de Psyshock fueron saqueados. Y, lo que más curiosidad despierta, nuestros hombres no lograron encontrar la tecnología de escaneo cerebral que nuestro padre le prestó.”

—Supongo que deberías contratar a personas mejores para hacer tu trabajo en tierra, señor Nepotismo.—

—Me preguntaba cuáles eran tus intereses en esto, pero ahora lo entiendo —dijo Enrique, ignorando la provocación—. Desde el principio buscaste esta tecnología. Todo este ejercicio fue solo una distracción.—

—En realidad, no — Ryan pensó en Jasmine—. ¿Me creerías si te dijera que la Meta-Gang causó la muerte definitiva de alguien que me importaba?—

—¿Muerte definitiva? —Enrique notó la extraña expresión en sus palabras, pero Ryan no le aclaró nada—. Además, te vieron en una cena con Livia Augusti y Fortuna Veran, y al parecer llevaste a esta última a casa. Los testigos aseguran que el ambiente parecía... íntimo.—

—Voy a acabar con esos rumores justo aquí —dijo Ryan, sintiendo de inmediato la amenaza—. Fortuna Veran no es mi novia. Tengo principios.—

—Dudo mucho —respondió Enrique con sequedad—. El Panda también me contó que una persona que encaja con la descripción del asesino de Augusti, Mortimer, acudió a tu rescate contra Lluvia Ácida. Debes entender que sospecho de tus verdaderas lealtades.—

El mensajero se encogió de hombros. —No tengo lealtades hacia ninguna facción. Soy una carta inesperada.—

—Entonces, ¿no crees en nada? Pensé que eras un hombre mejor que eso.—

—¿Qué, te importaba?—

Para sorpresa de Ryan, parecía que Blackthorn sí —. —Por todos tus defectos, Romano, eres un genoma competente y con un gran potencial. No te habría prestado atención si no creyera en ello.

Eres un luchador formidable, un estratega habilidoso y sumamente ingenioso. Me estremezco solo de pensar en lo que podrías lograr si dejaras de lado esa infantil autoindulgencia.—

Ryan no estaba seguro si eso era un cumplido o una crítica. Probablemente ambas cosas. —Podría devolver el cumplido —dijo—. Esperaba que fueras mucho más despiadado, pero... en el fondo pareces bastante honorable y buena persona. Podrías hacer mucho más por el mundo fuera de Dynamis.—

—Estás equivocado —respondió Enrique—. Los seres humanos por sí solos pueden hacer solo mucho. Conquistamos el planeta sacrificando nuestra individualidad por la fuerza colectiva. Aunque no comparto sus métodos, apoyo la misión de mi hermano. Dynamis puede no cambiar siempre el mundo para mejor, pero tiene esa capacidad.—

—Después de ver Rust Town, tengo dudas —contestó Ryan, sonriendo tras su máscara—. Pero soy un optimista. La gente puede cambiar.—

Aunque pudiera haber consecuencias no intencionadas, la derrota de la Meta-Gang había puesto de buen humor al viajero en el tiempo. Después de toda esa oscuridad y fracasos anteriores, este ciclo le había demostrado que podía cambiar las cosas.—

—No confío en ti, Romano. Eres impredecible, no leales a nadie y probablemente la persona más peligrosa que he conocido, salvo Augusto.—

—Gracias, Inexperto.—

Enrique metió las manos en los bolsillos de sus pantalones, proyectando toda la confianza empresarial. —Sin embargo, probablemente evitaste un desastre y salvaste a Dynamis, de alguna manera indirecta. Así que... aunque odio usar esa palabra, haré la vista gorda esta vez. Pero ya no eres bienvenido en Il Miliore; no puedo pasar por alto tus vínculos con los Augusti. Al menos Felix cortó ese puente.—

—Está bien, acepté el trabajo para hacer una cosa, y ya está hecha —señaló Ryan con un dedo hacia el gerente—. Pero conservaré todos mis derechos sobre los productos. No te atrevas a vender miniaturas de Quicksave.—

—Haré todo lo posible por olvidarte por completo.—

—Yo también siento lo mismo. Aún así, iré a visitar a mi equipo en el hospital. Adelanto, si intentas detenerme, frustrarás todos tus esfuerzos.—

“Esto es lo que ocurrirá, Romano. Permitiré que puedas despedirte de tus compañeros sin obstáculos, y te enviaré una generosa recompensa por tu servicio.” Blackthorn mantuvo la mirada fija en Ryan a través de sus máscaras. “Pero después, tú y tu hermana desaparecerán.”

“¿A dónde?”

“A cualquier lugar, muy lejos, lejos de la Nueva Roma,” dijo Enrique. “Estará demasiado ocupado con la transición en los próximos días para hacerlo, pero una vez que su posición esté asegurada, mi hermano irá tras ustedes dos. Lo conozco. Tus lealtades son demasiado dudosas, tus vínculos con los Augusti demasiado sospechosos, y tu hermana demasiado importante.”

Ryan entendió que la Manada podría querer deshacerse de él ahora que había cumplido su función, pero ¿Shortie? ¿Por qué estaban tan interesados en ella? “¿Qué es lo que no me estás diciendo, Black Gardener?”

Enrique permaneció en silencio unos segundos, su cuerpo tan inmóvil que el mensajero pensó que se había convertido en una estatua. “Una vez dejé escapar a Len Sabino,” admitió finalmente. “Pero no puedo protegerla para siempre. Alphonse sabe dónde está su base, y puede acceder a ella si así lo desea. Lleva todo lo que puedas, y vete.”

La voz de Ryan adquirió un tono peligroso. “¿Es eso una amenaza, Greenhand? Porque, como puede dar fe la Meta-Gang, soy muy eficaz matando malezas. Tu hermano no será la primera bomba nuclear que hago explotar.”

“No, Romano, no es una amenaza. Es una advertencia. Por extraña que te parezca, no tengo ningún rencor hacia ti ni hacia tu familia.” Blackthorn levantó la manga para mirar la hora en su reloj. “Debo irme ahora. Aunque tengo la sensación de que nos volveremos a encontrar.”

Y Ryan sintió que sería en circunstancias mucho menos amables.

Ryan ya estaba en camino hacia el puerto cuando recibió una llamada en su teléfono móvil.

“Livia?” preguntó al contestar.

“Ryan,” respondió ella en el otro extremo de la línea, con un destello de preocupación atravesando su compostura. “¿Cómo está Félix?”

“Vivo, pero herido,” contestó el mensajero. Livia suspiró aliviada al otro lado de la línea. “Se recuperará, pero todavía no permiten visitas. Lo he intentado.”

“Está... está bien, me alegro de que esté vivo. Aún no he informado a sus hermanas. Yo...” Livia tragó saliva, “temía una respuesta diferente.”

“No lo dejaría morir,” respondió Ryan. O mejor dicho, lo recargaría después. “Gracias por enviar al Señor Pase-Muraille. No ayudó mucho, pero lo importante es la intención. Supongo que me escuchaste.”

“¿Acerca de que no éramos enemigos?” Livia hizo una breve pausa antes de continuar. “Espero no arrepentirme de confiar en ti. Trabajas con el enemigo de mi familia.”

“Bueno, si eso te puede tranquilizar, acabo de ser despedido.”

Ella rápidamente aprovechó la oportunidad. “¿Quizá te gustaría trabajar con nosotros entonces? Los Asesinos Siete están buscando un miembro Violeta.”

“Lo siento, princesa, seguiré siendo un espíritu libre por un tiempo,” respondió Ryan al llegar al puerto. “No estoy seguro de que todavía me necesiten. Tengo la impresión de que Dynamis atacará tu fábrica de drogas incluso sin mi influencia.”

“La reacción de mi padre será diferente si lo hace Dynamis, que si es una parte desconocida. Pero eso podremos discutirlo cuando la situación esté más clara. ¿Cuándo crees que Félix podrá recibir visitas?”

“Seré honesto. No lo sé, y no estoy seguro de que incluso puedas visitar a Atom Kitten.”

Su tono se tornó más áspero. “¿Crees que Dynamis nos impedirá el acceso?”

—No, creo que Félix no querrá verte a ti ni a su familia.— Sin respuesta. —Oye, siempre puedes intentarlo. Si tengo razón, puedo dejarte un mensaje si quieres.—

La princesa de la mafia había caído en un silencio total. Aunque solo había dicho la verdad, Ryan lamentaba su franqueza. Por un segundo, había olvidado cuán frágil emocionalmente era realmente aquella mujer, bajo su fría fachada. —¿Livia?—

—¿Alguna vez has amado a alguien?— preguntó de repente. —¿No una ilusión momentánea, sino un amor verdadero? ¿Hasta el punto de que, aunque sabes que ha terminado, aún te aferras a la esperanza de poder cambiar las cosas?—

—De verdad, no soy la mejor persona para dar consejos sobre eso—, dijo Ryan con tristeza, al notar la bathysfera de Len cerca de los viejos muelles. —Llegué a Nueva Roma persiguiendo un fantasma—.

—Así que entiendes—, dijo ella con una risita triste antes de respirar profundo. —Has vivido siglos. ¿No tienes sabiduría para ofrecer?—

—Las cosas pueden cambiar—, admitió el mensajero, ponderándolo con cautela. —Pero a veces, lo mejor es aprender a dejar ir. De lo contrario, te herirás a ti mismo. Algunas heridas nunca sanan y hay que aprender a vivir con ellas—.

Livia pareció entender la sabiduría en sus palabras, pero no la aprobó. —Gracias por tus respuestas, Ryan—.

—De nada—, respondió el viajero del tiempo, en silencio después. Sus pensamientos se dirigieron a la reunión con Dynamis.

—¿Ryan?—

—Las Manadas derrocaron a su padre—, dijo Ryan sin previo aviso. —Lo hablaron y lo forzaron a retirarse. Ahora desean reformar Dynamis para mejor—.

Ni siquiera necesitaba extenderse más. Livia podría ver probablemente los paralelismos con su propia situación, con una diferencia principal. —Mi padre no se rendirá con dignidad, Ryan—.

No, probablemente no. Su tono lleno de arrepentimiento era desgarrador.

—Recuperaré a mi gata—, dijo Ryan, cambiando de tema. —La peluda, claro—.

—Creo que puedo arreglar eso—, replicó ella con una sonrisa amarga, aunque sin alegría. —Adiós, Ryan—.

—Adiós, princesa—, dijo él antes de colgar y estacionar su coche.

Enrique y Alphonse lograron liberarse del control de su padre. ¿Por qué, entonces, Ryan no podía ayudar a Len y a Livia a hacer lo mismo? La corriente sanguínea hacía mucho tiempo que había muerto, y Augusto, con todo su poder abrumador, no lograba vencer un simple tumor.

—No—, susurró Ryan para sí mismo—. No puedo dejar que ganen.

No podía permitir que las cosas terminara así. No otra vez.

Nunca más.

Escondió estos pensamientos y salió de su coche. Len lo esperaba en la orilla, vestida con armadura completa, con dos bathysferas flotando en el mar cercano; llevaba un aparato en las manos. Un casco metálico gris con pilones que sobresalían del frente, y con un conector en la parte posterior. Dynamis no había puesto su logo, probablemente para evitar que se vinculara con la Meta-Gang en caso de que el dispositivo fuera descubierto.

—Es decepcionante—, dijo Ryan al reunirse con su amiga. —Esperaba algo más elaborado—.

—Es solo una parte—, respondió Len con una sonrisa sincera. La simple vista la hizo olvidar momentáneamente sus preocupaciones. —He trasladado el resto a tu casa—.

Tu casa.

Palabras tan simples, y sin embargo tan cargadas de significado. —¿Entonces, en serio?— preguntó Ryan. —¿Estás de acuerdo con que me mude a tu paraíso submarino?—

—Sí, estoy de acuerdo—, afirmó ella con un asentimiento, aunque su sonrisa se tambaleaba. —Se acabó, ¿verdad? Ya no le debes nada a Dynamis—.

—No, y además me han despedido—. Ryan echaría de menos su departamento, y pensaba robarse un traje de cachemira como despedida. —Estoy oficialmente sin hogar otra vez—.

Len consideró sus palabras por un instante, pero estas surgieron con rapidez y firmeza. "No, Riri. No, no estás sin hogar."

El corazón de Ryan dio un salto por un momento, y tuvo que apartar la vista hacia el mar para esconder su inquietud. Era... maravilloso saber que Len quería que volviera a formar parte de su vida. Aunque su relación adolescente había quedado en el pasado, ella siempre lo respaldaba, y él a ella.

Y con esa tecnología, quizás sus antiguos días de soledad llegarían finalmente a su fin. "¿Crees que pueda funcionar?" preguntó Ryan buscando confirmación, rezando por no volver a sentirse decepcionado.

"Necesitaremos tiempo, pero... quizás," dijo Len con una sonrisa, quizá la primera en mucho tiempo que reflejaba algo de optimismo. "Pero... tendremos que extraer el cronoradio de tu coche. Tengo, eh, un submarino más grande para llevárselo bajo el mar."

Un garaje submarino. Magnífico.

"Francamente, si esta historia no termina con mi Plymouth Fury en modo acuático, me sentiré profundamente defraudado," reflexionó Ryan, antes de que un pensamiento más oscuro cruzara su mente. "Pero quizás tengamos que trasladarnos a otro lugar. Dynamis no dejará tu base en paz por mucho tiempo."

¿No nos dejarán en paz? Su dulce rostro se tornó en un ceño de furia. "Debería haberlo sabido. Nunca estarán satisfechos."

"No entiendo por qué están tan interesados en ti," admitió el mensajero. "Sí, atacaste una fábrica, pero eso es nada comparado con los Augusti y la Meta-Gang."

"Y al final, no les costó nada," suspiró Len, como reviviendo su fallido acto de rebeldía juvenil. "No sé, Riri... creo que lo que no pueden controlar, lo destruyen."

No. Ryan percibió que algo más grande estaba en marcha, y eso le inquietaba. "¿Qué hicieron la primera vez que te capturaron? ¿Qué preguntas te hicieron?"

"No... no recuerdo mucho," admitió ella. "Lo primero que hicieron fue someterme a una prueba de ADN y tomar una muestra de sangre. Después... nada relevante. Una estrategia de venta."

"¿Una muestra de sangre, dijiste?" ¿Por qué una muestra de sangre, de todas las cosas?

Y entonces lo comprendió.

Los recuerdos inundaron la mente de Ryan, y de repente los vio bajo una nueva perspectiva.

"Laboratorio Sesenta y Seis."

"Se suponía que Enrique supervisaría toda la operación del Elixir, en lugar de Il Migliore. Visitó el laboratorio durante dos horas, y pidió ser transferido inmediatamente después."

"Si me preguntas, hay algo muy sospechoso en las imitaciones; incluso los científicos de Augustus no lograron copiar sus propiedades."

"Dynamis mantiene bajo vigilancia estrecha al Underdiver."

¿La dejaste escapar?

"Fue como regresar a nuestros días iniciales."

"No pude hacer Elixires. Lo que hice fue sintetizar un recurso específico que imitaba las propiedades de un verdadero Elixir."

"Qué lástima, me habría encantado comparar muestras de distintos parientes del Genoma."

"Parientes del Genoma."

"Parientes del Genoma."

Parientes.

"¿Len?" preguntó Ryan, una terrible duda comenzando a asaltar su mente. "¿Cuándo empezaron a producir sus copias de Elixires Dynamis? ¿Sabes la fecha exacta?"

"Eh... no estoy seguro, creo... creo que tenían algunos en desarrollo, pero sólo comenzaron a saturar el mercado hace unos tres años aproximadamente..."

Shortie cerró la boca, y Ryan instantáneamente lamentó haber hecho esa pregunta. Ella era lista. También había llegado a la misma conclusión.

"Es imposible," dijo el mensajero de inmediato. "No puede ser eso."

"Pero encajaría a la perfección," protestó Len, con genuino entusiasmo que rompía su tono monótono. "Todo explicaría. Eso—"

—Len, tu padre ha muerto.— La Genius estremeciéndose, mientras el tono de Ryan se tornaba mortalmente grave. —El Sol lo incineró hasta reducirlo a cenizas. Lo presencié con mis propios ojos. Ya no está.—

—Pero si uno de sus clones...— Len fijó su mirada en su vieja amiga. —Sabes que eso es posible, Riri. Solo que tú no quieres aceptarlo.—

No, él no quería. Ryan ansiaba pensar que esa pesadilla había llegado a su fin. Que Bloodstream estaba muerto y enterrado, y que ya no podía dañar a ninguno de sus hijos, sean adoptivos o de otra manera.

Pero Len nunca había despertado realmente.

—Riri, yo...— confió en ti, incluso después de todo lo que hemos pasado...— He... he matado por ti, Riri. Confié en tus palabras, te di una segunda oportunidad. Estoy dispuesto a empezar de nuevo.— Se armó de valor, luchando por encontrar sus palabras. —Solo quiero cerrar ese capítulo, Riri. Quiero saber. Si estamos equivocados... podemos seguir adelante. Pero necesitamos esto. Es imprescindible que lo verifiquemos.—

—Pero si nuestra intuición es correcta?— preguntó Ryan. —¿Qué harás? ¿Qué haremos?—

Len mordió su labio inferior y miró hacia sus pies en silencio.

—Solo...— Ryan respiró hondo, meditando sus próximas palabras. —Solo quiero que seas libre, Len. Quiero que te liberes de él. Que exorcices su sombra para que ya no te atormente. Tú...—

Hizo una pausa. —Dilo—, susurró Len sin levantar la vista.

—Me recuerdas a un jilguero en su jaula, Len— admitió Ryan—. Podrías estar sonriendo y brillar como el sol. Podrías volar lejos. La jaula está abierta. Pero tienes miedo de que él cierre la puerta mientras intentas escapar. Nadie quitará tu libertad... pero aún tienes miedo.—

Len volvió a mirar a su amiga con una expresión de hierro. —Ryan—, dijo con determinación, no Riri—. Justamente por eso no voy a ceder en esto. Necesito saber. Lo necesito. Para cerrar ese capítulo.—

Ryan quiso insistir, pero en su mirada vio que era inútil. No cambiaría de opinión.

¿Y lo peor? Aunque le costaba admitirlo, él también necesitaba estar seguro.

—Laboratorio Sesenta y Seis— murmuró el mensajero para sí.